

Ensayo

CARLOS GARRIDO CHALÉN



Si esa es la paz

DEVUÉLVANNOS LA GUERRA

Revolucionario alegato a favor de la paz verdadera

ENSAYO

Si esa es la paz

DEVUÉLVANNOS LA GUERRA

Revolucionario alegato a favor de la paz verdadera

Carlos Garrido Chalén

“Si esa es la paz, devuélvannos la guerra”

(Dicho popular)

“Saeta afilada es la lengua de ellos; engaño habla; con su boca dice paz a su amigo, y dentro de sí pone sus asechanzas”

Jeremías 9:8

INTRODUCCIÓN

El 26 de octubre del 2008, fui invitado por la Asociación de Municipalidades del Norte del Perú y Sur del Ecuador, a participar en un evento que se realizó en la ciudad de Arenillas, con motivo de la conmemoración del décimo aniversario de la suscripción del Acta Presidencial de Brasilia.

En un discurso, que parece que fue entendido por la mayoría, sostuve en esa hermosa ciudad ecuatoriana, que la firma de una serie de instrumentos para impulsar la cooperación e integración binacional, como el Acuerdo Amplio de Integración Fronteriza, Desarrollo y Vecindad de Perú y Ecuador y la renuncia a las posibilidades terribles de la guerra, era un logro maravilloso que satisfacía al continente americano y la opinión pública mundial, porque permitía consolidarnos para vivir en paz y trabajar juntos por la integración y el desarrollo de nuestros pueblos, como socios indispensables y estratégicos en la ardua tarea de labrar nuestro futuro común.

Pero hay algo que no debemos olvidar – dije – : que la integración que promueve la paz, no valdrá nada, sino se hace con justicia social. Jamás tendrá un significado trascendente, sino promueve desarrollo, pues paz sin nada, es paz sin futuro.

La paz, acoté, tiene que moldearla el ideal de la verdad histórica: esa que no la hacen los historiadores mentecatos que andan pensando más en su ego que en lo que la historia promueve para los pueblos.

Los pueblos olvidados, muchos de ellos en pobreza extrema, no viven de los discursos políticos pírricos, ni los ensambla la locura de los prometedores políticos de profesión que aparecen como redentores cuando va a haber elecciones, y los gana la amnesia y el olvido cuando no los urge un voto para llenar su egoísmo.

Necesitamos – sostuve - una paz educativa, cultural, social, política, económica y financiera, que junte todos los cabos sueltos, y nos lleve a la imperiosa conclusión de conceptualarla como artífice de las más grandes conquistas nacionales y mundiales.

Y es que eso es así: de nada vale una paz consentida – vestida con las prendas más lindas de la hipocresía moral -, desarmonizada por el hambre, el sufrimiento y la miseria de nuestros pueblos.

De nada vale una paz hermosa en el papel, cuando en la práctica la envilece la política de los desleales, de los truhanes, de una corrupción que apesta a muerto y desintegra y ofende la moralidad y dignidad de nuestras sociedades.

De nada vale – acoté - que un día al año nos acordemos jubilosos que un 26 de octubre firmamos y logramos la Paz entre nosotros, si 364 días del año vivimos esa guerra inmoral que promueve la deshonestidad en nuestros organismos públicos y se moviliza ofensiva, peligrosa y desintegradora, como culebra de muladar, en muchas de nuestras Instituciones tutelares.

Por eso invité a los Alcaldes y Funcionarios de Perú y Ecuador allí congregados, a ser entonces reales, porque no hay una verdad subjetiva y una verdad objetiva. La verdad es una sola. Y una paz con mentira no vale nada. Tampoco una Paz con odio, y menos una Paz sin justicia social, porque es igual a la guerra fratricida.

Ese mismo sentimiento, que a veces se convierte en inmensa frustración, llevó al pueblo del norte del Perú a decir a un año de la firma del acuerdo de Cancilleres: “Si esa es la paz, devuélvannos la guerra”, frase genial y valiente, que hemos utilizado para titular este libro.

El año 2010, invitado por la Universidad Nacional de Trujillo para presentar un libro sobre literatura regional, recordé a Mei Yao Chen, el gran filósofo chino, que competía con Sun Tzu en temas de estrategia bélica – en esa guerra que el año 500 a.C. era en cierto sentido ritual, pues no se podía golpear a hombres de edad en las batallas, los gobernantes benevolentes no masacraban ciudades, emboscaban ejércitos de guerra, y los príncipes justos no se rebajaban a engañar o aprovecharse deslealmente de su adversario.- El decía que en una guerra, es esencial saber de antemano las condiciones

de un terreno, porque tener información de las distancias, permite hacer uso de un plan directo o indirecto.

Si un general conoce el grado de facilidad o de dificultad al atravesar un territorio, - argüía - puede sopesar las ventajas de usar la infantería o la caballería. Si sabe en dónde va a dar la batalla, sabe cuándo deberá concentrar y cuándo dividir sus fuerzas. Todo debe ser completamente conocido: las montañas, ríos, altiplanos, tierras bajas y colinas que puedan defenderse como puntos estratégicos; los bosques, juncos, pajonales y pastos elevados donde pueda estar escondido el enemigo; la distancia de carreteras y senderos, el tamaño de ciudades y pueblos, la extensión de las aldeas, la fertilidad y esterilidad de los campos, la profundidad de los canales de regadío, el número de bodegas, el tamaño del ejército opuesto, el filo de las armas.

Y claro, ahora que disfrutamos las ventajas de la paz, y somos capaces de reunirnos peruanos y ecuatorianos, para conversar y discutir sobre temas comunes al desarrollo de nuestro pueblos, no hay una guerra fratricida ad portas aquí – aunque si en otros lugares- para forzar pretextos de estrategia bélica impredecible, o dobles lenguajes para aparentar amores imposibles.

No hay carros fuertes, caballos veloces, tropas valientes, armas afiladas alegrándose, como en las batallas de antiguo controladas por un código legal aterrador, al redoble de los tambores llamando al ataque o esforzándose tras escuchar el sonido de los gongs llamando a retirada; pero si una guerra subsistente que aun no se ha acabado y que causa más bajas que las otras guerras fratricidas sostenidas: la guerra contra el sub desarrollo, contra el hambre, contra la miseria, contra la pobreza extrema, que juntos – con la estrategia de un General - tenemos que asumir, batallando contra esos males congénitos que convierten en pírrico todo alarde de paz, y contra ese analfabetismo político que por siglos nos ha mantenido bajo la afonía de una clase política dominante, cuando nuestros pueblos requieren con urgencia de una clase política dirigente.

El dramaturgo y poeta alemán Bertolt Brech, creador del llamado Teatro épico, autor de obras fundamentales como “Baal” y “Tambores en la noche”, con las que criticó y se burló del orden burgués, al que pintó como una sociedad de delincuentes, decía:

"El peor analfabeto es el analfabeto político. No oye, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. No sabe que el costo de la vida, el precio de los frijoles, del pan, de la harina, del vestido, del zapato y de los remedios, dependen de decisiones políticas". "El analfabeto político – decía - es tan burro que se enorgullece y ensancha el pecho diciendo que odia la política y no sabe que de su ignorancia política nace la prostituta, el menor abandonado y el peor de todos los bandidos, que es el político corrupto, mequetrefe y lacayo, de las empresas nacionales y multinacionales".

Tu Mu razonaba en los tiempos de las guerras más airadas, que en cada cruce de caminos se debe construir un fuerte; arriba se apila leña; dentro hay túneles ocultos. Se les sube por medio de escaleras; allí se establecen centinelas. Después de oscurecer, si un centinela oye redoble de tambores en los cuatro costados del campamento enciende una hoguera.

De éste modo si el enemigo ataca de noche puede entrarse por las puertas, pero por todas partes habrá campamentos, al este, al oeste, norte y sur, cada uno tan firmemente defendido, que no sabrá cuál atacar. En el campamento del comandante en Jefe o en los pequeños campamentos, los que saben que ha llegado el enemigo lo dejan entrar; entonces tocan los tambores y todo el campamento responde – los hombres de la vanguardia, retaguardia, derecha e izquierda tienen cada uno su propio campamento – En todos los pequeños fuertes se encienden hogueras como faros que producen claridad como en el día y fuertes ballestas y arcos poderosos disparan desde arriba en todas direcciones.

En tiempo de paz, se debe hacer guerra contra la guerra, con esas mismas estrategias y cada quien debe actuar, no como un General despojado de su moral, sino como un Comandante que, sereno y firme, le arrebató el corazón a los hacedores del belicismo. No para accionar dentro de una paz remendada de lirismos, que conserva miserias ancestrales, que se nutre de promesas incumplidas, que llama a reuniones turísticas en Congresos que no sirven para nada, mientras el pueblo se muere de hambre, sino para defender la vida.

Ho Yen Shi, aconsejaba: cuando acampes, hazlo tan rápido como el viento; en la marcha reposada, sé majestuoso como un bosque; en el ataque y el saqueo, como un incendio; cuando te detengas, permanece firme como una montaña. Insondable como las nubes, muévete como el trueno. Esa es la actitud que debemos en guerra permanente

contra el abandono y la miseria asumir, para que seamos esa clase política dirigente que todos deseamos tener.

Para eso, tenemos que deshacernos de pesados equipajes y vadear todos los ríos, caminar a través de desfiladeros estrechos, fosos profundos, graneros repletos de hambre, trepar altas murallas, mirar con tranquilidad los alrededores.

Sun Tzu, que horrorizó a muchos discípulos ortodoxos de Confucio con su “Arte de la Guerra”, alegaba que el oficio de un General consiste, en parte, en crear cambios y manipularlos para su provecho, ponderar la situación antes de moverse. No se precipita sin sentido en tentadoras trampas, es prudente pero no titubea. Se da cuenta que hay algunos caminos que no deben seguirse, algunos ejércitos que no deben atacarse, algunas ciudades que no deben sitiarse, algunas posiciones que no deben lucharse y ciertas órdenes del soberano que no deben obedecerse. Toma riesgos calculados pero nunca innecesarios. No desafía a un tigre o atraviesa un río sin preocuparle si va a vivir o morir en el intento.

El Gran Duque Chian Lin dijo un día: “Quien se esfuerza en ganar con espadas desnudas no es un buen general”.

El Perú y el Ecuador son los países más parecidos de América Latina en razón de su cultura, raíces, proximidad geográfica y lazos étnicos. Ambos fueron parte del dominio español y por muchas decenas de años, de la misma circunscripción colonial. Posteriormente peruanos y ecuatorianos luchamos juntos por nuestra independencia y el mismo anhelo nos llevó a convertirnos en Repúblicas independientes. Debido a una serie de motivaciones, impulsadas por conveniencias políticas y hasta económicas de algunos hacedores de la guerra – traficantes de la muerte y el horror -, que nuestros pueblos rechazaron con dignidad, sufrimos un período de grandes desencuentros y diferendos, que comprometieron significativos recursos para la defensa, afectando nuestras economías y dificultando la inversión pública y privada, fundamentalmente en la zona fronteriza en donde los niveles de pobreza son mayores a los del resto de nuestros países.

Hoy ya no queremos que la guerra siga matando y sangrando a nuestros jóvenes, especialmente a los más pobres. La guerra es mala. Pero más mala es la paz de los

hipócritas y los miserables. La paz de los corruptos que conspiran contra el alma y los dineros de nuestros pueblos. La paz lírica y advenediza e inconsecuente de los que viven como pachás ignorando que mientras ellos pueden comer, y hasta en exceso, hay infinidad de niños y jóvenes y ancianos de nuestros pueblos olvidados, que se van a dormir sin nada en el estómago, porque carecen de los recursos más mínimos para vivir una vida digna y sobrevivir a la miseria.

Para dejar sentadas esas premisas, es que hemos hecho este libro, como un alegato, no a favor de la guerra fratricida, abrupta y abominable, sino de la paz verdadera, esa que se aprende en el fragor de la batalla, por la vida.

I

LA FALSA PAZ DE LA CRISIS

Justo ahora, cuando la humanidad ha llegado al más alto grado de desarrollo tecnológico y científico, multiplicándose la riqueza de manera sin precedentes, los países de todos los Continentes, en plena modernidad, enfrentan una de las más severas crisis económico financiera – que es a la vez una crisis de valores y principios - de su historia.

A ese hecho, producido por la corrupción moral, la deshumanización, la codicia, el consumismo, el individualismo egoísta y la pérdida del sentido o razón de la vida, han contribuido innumerables “mega empresas” interesadas más en defender sus derechos que en respetar la vida, variopintas instituciones de crédito financiero, que por ambición, y bajo estrategias viles, han prestado más de lo que sus clientes podían pagar: y también la propia raza humana, lo que ha destruido las tradiciones y costumbres, valores y principios, que las principales culturas tradicionales del mundo han instituido a lo largo de siglos; pero también la paz que es la más hermosa aspiración del Planeta.

O sea que la paz, no es una cuestión anodina, sin elementos constituyentes o simplemente una burbuja sin nada adentro, considerada como la antítesis de la guerra, sino el más complejo multielemento, a favor del cual hay que trabajar, por especialización, para definir sus contornos acaecentes.

La “crisis planetaria” importa a la paz del Planeta y tiene que ver con la responsabilidad del hombre ante la vida. Con crisis, la paz tiene un brazo quebrado y apoplejía. Y por eso, sus motivaciones e implicancias, son cada vez más complejas.

No es cierto que si no hay guerra, la paz es automática. Esa es una facilista y anémica manera de definir la paz, en la que desgraciadamente han caído muchos “pacifistas”,

algunos de buena fe y otros de mala estirpe. Porque la paz no tiene un formato fácil para esquematizar como la mera antítesis de un conflicto bélico o social.

Se termina una guerra o pone fin a un conflicto social, y puede que la paz siga ausente, si el hombre no comprende que para asegurarla – para que sea evidente y tangible – el herramientario que se use para ajustar sus tuercas, tiene que ser racionalmente moral, intrínsecamente espiritual, - e incluso familiar, desde que la familia es la base social más importante - y eso tiene que ver con la forja de los valores y los mejores sentimientos, pero también con el equilibrio del entorno socio político sobre el que se afianza.

Hace bien Guillermo Marín, en decir que el amor, la solidaridad, la educación, la familia, el respeto a la naturaleza y el bien común, deben ser retomados como los valores esenciales de la vida, la sociedad y el Estado. Pero esos elementos solos, separados y sin una política y visión que los promueva y defienda, se quedarán en el lirismo más afrentoso e inútil.

Los humanos tenemos que aprender a calificar las cosas. Marín dice por ejemplo, que “los rescates financieros de los gobiernos y los bancos, son el premio a la irresponsabilidad y la codicia de los mercaderes y un aliento a la impunidad de los políticos”. (“No se rescata a Grecia, España o Italia, se recata a los bancos agiotistas y a los políticos corruptos que prestaron irresponsable y dolosamente y a políticos que se prestaron a este mega fraude”, anota).

Y eso es cierto. Pero yo digo algo más: que esos irresponsables mercaderes y políticos funestos son iguales a los que proporcionan armas a los ejércitos para contextualizar una guerra, porque sumen a familias, organizaciones y Naciones en un “estado de guerra” moral y material inacabable.

O acaso alguien con tres dedos de frente, podría decir que la quiebra de bancos y aseguradoras, la ejecución masiva de hipotecas, el que cientos de familias se queden sin hogar, la inflación, el más difícil acceso al crédito, el deterioro de la balanza de pago, el desplome de los precios de las materias primas, la fuga de capitales, la paralización de sectores económicamente influyentes, la inmovilización de la inversión directa extranjera causada por la profunda caída de los precios externos, la brusca desaceleración de la actividad económica, la elevación de los aranceles de exportación,

la devaluación monetaria y las especulaciones del mercado, son señales de una paz mediática inacabable?.

Todos los gobiernos han tomado medidas para reducir sus efectos y ya se han producido radicales cambios en los paradigmas teóricos y prácticos de la economía política en los últimos treinta años. Pero la crisis, que afecta profundamente la paz del mundo, avanza hacia una recesión mundial de profundidad y duración inciertas que tendrá grandes y dramáticos efectos en los frágiles equilibrios socio políticos y económicos de los países en desarrollo, por su dependencia de la producción de materias primas, remesas y flujos de capitales externos.

Eso obliga a los abanderados de la paz – a los falsos y a los verdaderos -, a entender que tal, no puede prevalecer, mientras exista esa crisis que afea el rostro demográfico del mundo y les cobra la cuenta, exigiéndoles que dejen de ser simples dicharacheros de consignas huecas e intrascendentes e ignorantes sin futuro que mediocres y advenedizos se propagandizan por allí, pues la crisis obliga a consensos, pero sobre todo a mejorar nuestros conocimientos, a adquirir una especialización, para defender al hombre, la paz y la vida.

La tremenda crisis económico financiera que azota al mundo, es definitivamente, una conflagración bélica sin balas, ni cañones ni pólvora ni fuego, pero si con mucha miseria, inmoralidad, desazón, hambre y desintegración social, en contra de la paz. Ergo: para conseguir la paz verdadera, hay que hacer guerra a esos agentes que la contaminan.

II

LA CONSPIRACIÓN DE LA NATURALEZA

El Perú, durante más de diez años, estuvo sujeto a dos grupos sediciosos: Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). El saldo: más de 20 mil muertos y la destrucción de la economía nacional, la cultura y la libertad. Desde su independencia a principios del siglo XIX hasta 1998, el País sostuvo con su vecino del norte, Ecuador, una disputa territorial sobre regiones amazónicas y andinas, que se convirtió por obra y gracia, no del pueblo, sino de los políticos interesados en preservar ese estado ignominioso, en el más largo conflicto fronterizo del occidente, que provocó continuas escaramuzas limítrofes, así como movilizaciones más amplias que desembocaron en guerras generalmente cortas.

El conflicto absurdo y cainita, que incluso fue azuzado desde las tarimas políticas, en las elecciones presidenciales de uno y otro país, se convirtió durante dos siglos en el principal factor que permeó las relaciones peruano-ecuatorianas en todos los aspectos más allá del ámbito militar y diplomático.

Entonces podemos decir, por lo vivido, que podemos discernir de cerca lo que es la guerra y por lo mismo valorar más lo que es la paz. Pero también, somos conscientes de que a nivel macro, la humanidad siempre ha vivido en constante sobresalto y que en muchos lugares del mundo, la paz es asaz, un canto a la bandera, un eufemismo.

Y para esa conclusión, conspira la propia naturaleza, que de vez en cuando nos quita esa paz imprescindible: Un gran terremoto ocurre mensualmente en el mundo con permanentes temblores diarios que mantienen al planeta en zozobra y alerta permanente.

En el siglo pasado un millón de personas murieron a causa de violentos terremotos; y en los últimos siete siglos ha habido un incremento fenomenal en el número e intensidad de movimientos telúricos de ese tipo: de 1900 a 1910 se registraron tres terremotos, como promedio normal; de 1960 a 1970, doce terremotos; de 1980 a 1990, noventa terremotos; de 1990 al 2000 ciento veinte terremotos y así sucesivamente.

El cuadro que pinta el Apocalipsis, es más desolador: durante el período de la Tribulación, dice la Palabra que se producirán numerosos terremotos, y que el último, será más fuerte de toda la historia de la tierra, Tan terrible, que hará que los montes y las islas desaparezcan y todas las ciudades de todas las Naciones sean destruidas.

En 1755 se produjo el terremoto más terrible jamás registrado, conocido como “el terremoto de Lisboa” que se extendió por toda Europa, África y América, sintió en Groenlandia, las Indias Occidentales, Madera, Noruega, Suecia, Gran Bretaña e Irlanda, en una extensión no menor de diez millones de kilómetros cuadrados.

Se dice que en África el terremoto fue tan fuerte como en Europa y que una gran parte de Argelia fue destruida. Una ola gigantesca barrió las costas de España y África arrasando ciudades enteras. Las más altas montañas de Portugal se partieron y en Lisboa se oyó bajo la tierra ruido como de truenos y después una violenta sacudida que derribó la ciudad.

A esa fatal conspiración de la naturaleza, se agrega el incremento de las guerras: durante los casi seis mil años de historia humana, han ocurrido cerca de 15 mil guerras. En la Primera Guerra Mundial murieron 10 millones de personas; 60 millones en la Segunda y 30 millones más en otras guerras. Antes que la Guerra Fría cese, hubo 40 guerras en el mundo.

A eso se agregan los graves problemas sociales del mundo contemporáneo y de todos los tiempos, motivados por la desigualdad, la pobreza y discriminación, que generan fragmentación y desintegración social, conflicto, resentimiento, confrontación de intereses y violencia social, campo fértil para la corrupción, la impunidad y el clientelismo político, ausencia de oportunidades para cambiar esa situación. Carencia de salud, de educación, de acceso a recursos productivos o empleo remunerado, sometimiento a la injusticia, a la discriminación, al abuso, a la inseguridad pública y a la

violación de los derechos humanos, y destrucción del capital social de las solidaridades familiares y comunitarias, limitaciones del desarrollo físico y psicoemocional de las personas, pérdida de años de vida, indefensión y vulnerabilidad, incorporación temprana a la vida laboral, frustración, desintegración familiar, agobio, ignorancia e incomunicación, es decir todo lo contrario a la paz.

De acuerdo con el Índice de Paz Global (GPI), el único estudio que cuantifica la paz mundial, elaborado por el Instituto para una Economía de paz, de Londres, el mundo se ha convertido en un lugar menos pacífico, pues los conflictos se han incrementado y numerosos países reportan cada día más homicidios y delitos.

América Latina, por ejemplo, muestra una notable baja en el nivel de paz a causa del incremento de la violencia interna, homicidios y mayores niveles de criminalidad percibida. Europa Occidental es la región más pacífica.

Irak, Somalia y Afganistán los países menos pacíficos por segundo año consecutivo. Siria, Georgia, Filipinas, Rusia y Chipre registraron los mayores descensos en la clasificación de este año.

Según el Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud, hecho público por la Organización Mundial de la Salud (OMS), cada año, más de 1,6 millones de personas en todo el mundo pierden la vida violentamente y aparte de las muertes, millones de personas resultan heridas a consecuencia de la violencia y sufren problemas físicos, sexuales, reproductivos y mentales.

En el Informe, se afirma que las muertes y discapacidades causadas por la violencia convierten a ésta en uno de los principales problemas de salud pública de nuestro tiempo.

La violencia es una de las principales causas de muerte en la población de edad comprendida entre los 15 y los 44 años, y es responsable del 14% de las defunciones entre la población masculina y del 7% entre la femenina. En un día cualquiera, 1424 personas mueren en actos de homicidio, casi una persona por minuto.

Aproximadamente una persona, se suicida cada 40 segundos. Unas 35 personas mueren cada hora como consecuencia directa de un conflicto armado. Se calcula que en el siglo

XX, 191 millones de personas perdieron la vida como consecuencia directa o indirecta de un conflicto, y bastante más de la mitad eran civiles. Algunos estudios han demostrado que en algunos países los gastos sanitarios causados por la violencia representan más del 5% del PIB.

La OMS ha considerado que «la violencia es un problema complejo, relacionado con esquemas de pensamiento y comportamiento conformados por multitud de fuerzas en el seno de nuestras familias y comunidades, fuerzas que pueden también traspasar las fronteras nacionales».

Además de las facetas conocidas de la violencia colectiva, como las guerras o los conflictos, en el Informe se examinan cuestiones igualmente importantes pero relegadas a menudo a un segundo plano, como la violencia juvenil, el maltrato de menores, el maltrato de ancianos, la violencia contra la pareja, la violencia sexual, la violencia auto infligida o los suicidios.

Los datos sobre la violencia juvenil indican que la tasa de homicidios entre jóvenes ha aumentado en muchas partes del mundo. Por cada joven muerto a consecuencia de la violencia, entre 20 y 40 sufren lesiones que requieren tratamiento. Los estudios muestran que las peleas y la intimidación son comunes entre los jóvenes y que el abuso del alcohol es una de las circunstancias que desencadena la violencia. En cuanto al maltrato de menores, los datos de algunos países indican que aproximadamente el 20% de las mujeres y el 5%-10% de hombres han sufrido abusos sexuales durante la infancia.

En el Informe, se señala que las mujeres son las que corren más riesgos en entornos domésticos o familiares. Casi la mitad de las mujeres que mueren por homicidio son asesinadas por sus maridos o parejas actuales o anteriores, un porcentaje que se eleva al 70% en algunos países.

Aunque es difícil obtener cifras exactas debido a la falta de registros, según los datos disponibles, una de cada cuatro mujeres será víctima de violencia sexual por parte de su pareja en el curso de su vida. La mayoría de las víctimas de agresiones físicas se ven sometidas a múltiples actos de violencia durante largos periodos. En una tercera parte o en más de la mitad de estos casos, se producen también abusos sexuales. En algunos

países, hasta una tercera parte de las niñas señalan haber sufrido una iniciación sexual forzada.

Según el mismo Informe, el maltrato de los ancianos, es uno de los rostros más ocultos de la violencia, que además tiene muchas probabilidades de aumentar porque en muchos países la población está envejeciendo rápidamente. Hasta un 6% de los ancianos declaran haber sufrido maltrato.

Los suicidios y la violencia auto infligida, son una de las principales causas de muerte en el mundo. En la población de edad comprendida entre los 15 y los 44 años, el suicidio constituye la cuarta causa de muerte y la sexta causa de mala salud y discapacidad.

El cuadro es dramáticamente desolador y la paz solamente una palabra para la retórica más demagógica, pero los expertos afirman que aunque las estadísticas son escalofrantes, la situación está lejos de ser desesperada. «La violencia no es inevitable, ni constituye un componente intrínseco de la condición humana», dicen los expertos, que, además, sostienen que «en todo el mundo se encuentran pruebas de que la violencia puede prevenirse con una diversidad de medidas destinadas a los individuos, las familias y las comunidades» y propugnan un acercamiento desde la perspectiva de la salud pública que incluya los complejos fundamentos sociales, psicológicos, económicos y comunitarios de la violencia. Aunque algunas investigaciones recientes apuntan hacia factores biológicos y otros factores individuales que pueden explicar en algunos casos la predisposición hacia la violencia, con más frecuencia estos factores interactúan con factores familiares, sociales, culturales y otros factores externos para crear situaciones en las que es probable la aparición de la violencia.

Entender esas situaciones y esas causas, nos ofrece la posibilidad de intervenir antes de que se cometan los actos violentos, proporcionando a los responsables políticos una gran variedad de alternativas concretas para prevenir la violencia.

Entre las recomendaciones para prevenir la violencia que formula el Informe, se incluyen respuestas de prevención primarias como los programas de enriquecimiento preescolar y desarrollo social para niños y adolescentes, formación para los padres y

medidas para reducir las heridas por armas de fuego y mejorar la seguridad en relación con éstas.

Otras recomendaciones son reforzar las respuestas a las víctimas de la violencia, promover el cumplimiento de los tratados internacionales y la legislación y aumentar la capacidad de recolectar datos sobre la violencia.

Porque la paz sola, como una simple palabra, no sirve para nada, sino la dotamos del aliento de la verdad, la libertad, la educación, la cultura y la justicia; si sólo la dejamos como adorno en el mangesí de Jornadas y Congresos que la pregonan sin sentirla, mientras por dentro nos sigue corroyendo la envidia, la falta de solidaridad, el odio fratricida, y esa angurriente fatalidad que nos lleva a golpearnos el pecho como adláteres de la paz, cuando no somos capaces de vivirla en nuestros propios hogares, en nuestros trabajos, en nuestro trato elemental con nuestros iguales, y nos desquiciamos, ególatras y pretensiosos, cuando otros quieren trabajar también por ella.

III

PREMISA DE LOS DEBERES Y DERECHOS

En 1997 la UNESCO expresó, en un manifiesto público, lo siguiente:

“La paz duradera es premisa y requisito para el ejercicio de todos los derechos y deberes humanos. No la paz del silencio, de los hombres y mujeres silenciosos, silenciadas. La paz de la libertad - y por tanto de leyes justas -, de la alegría, de la igualdad, de la solidaridad, donde todos los ciudadanos cuentan, conviven, comparten. No basta con la denuncia. Es tiempo de acción. No basta con conocer, escandalizados, el número de niños explotados sexual o laboralmente, el número de refugiados o de hambrientos. Se trata de reaccionar, cada uno en la medida de sus posibilidades. No hay que contemplar solamente lo que hace el gobierno. Tenemos que desprendernos de una parte de "lo nuestro". Hay que dar. Hay que darse. ¡Los derechos humanos! En los albores de un nuevo milenio, ésta debe ser nuestra utopía: ponerlos en práctica, completarlos, vivirlos, revivirlos, reavivarlos cada amanecer. Ninguna nación, institución o persona debe sentirse autorizada a poseer y representar los derechos humanos ni menos aún a otorgar credenciales a los demás. Los derechos humanos no se tienen ni se ofrecen, sino que se conquistan y se merecen cada día”.

Es que la paz, presupone la plena preservación del amor, la compasión, la dignidad. Pero no puede haber una paz verdadera si, como la propia Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha informado, existen 872 millones de adultos analfabetos, 1.000 millones de personas desprovistas de cualquier tipo de asistencia médica, 192 millones de niños gravemente desnutridos y muchos de ellos mueren por esa causa; más de dos millones de niños mueren de enfermedades contagiosas que se pueden prevenir; 900 millones de personas no saben leer ni escribir; 80 millones de niños no asisten a la escuela primaria; y 1.300 millones de personas sufren los efectos del abastecimiento de agua no apta para el consumo.

La paz entraña la comprensión del hecho de que todos somos interdependientes y estemos relacionados los unos con los otros. Individual y colectivamente, somos

responsables del bien común, que incluye el bienestar de las generaciones futuras. Y entonces hay que saber cuáles son nuestros derechos y cuáles nuestras obligaciones.

La paz nos exige que respetemos la Tierra y todas las formas de vida, y ese es un proceso que no tiene fin.

Cicerón dijo que “siempre la mala paz es mejor que la mejor guerra”, pero la paz es más peligrosa y menos humana que la propia guerra cuando se establece sobre mentiras paralelas a la justificación de la guerra misma.

Sabemos que el comercio de armas tiene consecuencias terribles, porque se detraen recursos económicos que deberían utilizarse en proyectos para el bien común de los pueblos. Los adláteres del pacifismo antes que hablar de esa paz a secas, que no sirve para nada, deben empezar por plantear propuestas y estrategias para la seguridad social y nacional, para superar la crisis, la prepotencia financiera, la colonización económica, para higienizar el mundo de todas las banalidades que siembran frustración y trabajar por una cultura de la paz con justicia social y por una ética de la solidaridad que aliente y estimule en su código, las posturas colectivas más unánimes.

Sin salarios justos y dignos no hay paz. Sin desarrollo social no hay paz. Sin igualdad no hay paz. Sin solidaridad la paz, es obtusa. La paz no existe en el formato de la malignidad y la injusticia. Se consolida cuando los individuos se acogen a un comportamiento humanitario.

Qué paz es esa que alienta las diferencias entre seres humanos con fines excluyentes; que se solaza en la barbarie; que atiza odios, envidias y mezquindades. Que no es tolerante, que la envanece la soberbia de los poderosos y la humilla el dolor de los excluidos, que han perdido la fe en el mañana.

El problema entonces no es simple: la paz no es un globo de defecciones, que aparenta quietud cuando no hay una guerra crucial que la delate. Es una obligación y un derecho para que la humanidad se reconozca en dignidad. Sino es configurada de esa forma, entonces no existe. Es sólo un pergamino, para justificar la retórica de Caín, que es en el fondo, el detergente con el que los hipócritas lavan sus propios pecados mortales.

IV

LA LITERATURA Y LA PAZ

Hay quienes afirman que la literatura como generadora de belleza, ha dado hermosas expresiones a favor de un nuevo sistema de cosas, pero que nunca sirvió para luchar por la paz, o definir armisticios, o detener una guerra.

Esa afirmación crucial, se sustenta en que vivimos en un mundo de violencia absoluta – sobre todo en Sudamérica ganada por la miseria, la pobreza y la corrupción de la clase política - en la que pocos leen,- ni los políticos ni los educadores, pues el pueblo sobre todo, que adolece de grandes falencias, prefiere ver primero su sobrevivencia, asegurar lo inmediato para su familia, la comida, los estudios de sus hijos, sus gastos necesarios prioritarios, antes que gastar en un libro, cuya lectura puede prescindir o postergar sin que se perturbe su entorno. Y que entonces su influencia, como forjadora de paz, es mínima en ese sentido.

Pero un sin número de libros, para trabajar objetivos fundamentales como la regulación de conflictos, la convivencia, la interculturalidad y ciudadanía, mejores formas de ver la televisión, la no violencia, la solidaridad interpersonal, la igualdad de género, la defensa el medioambiente, el desarme, las guerras, el autoritarismo y la desobediencia constructiva, que generalmente no son comerciales y por lo tanto no es fácil encontrarlos en las librerías, son escritos en diversos países y las modalidades de ensayo, cuento, poesía y novela, como un aporte de la literatura a la paz regional, nacional y mundial.

Esos temas para alguien que se muere de hambre o no tiene cómo mantener a su familia, Manuales como “Ciudamundeando”, cancioneros pacifistas, libros sobre actividades didácticas de los juguetes de paz, polémicos como “Deja leer a la libertad: lee un libro

prohibido en los Estados Unidos” y “Por la paz: No a la investigación militar. Sobre la militarización de la ciencia y algunas de sus alternativas”, “Aprender a ser personas y a convivir” y “Mujeres que corren con los lobos” de Yolanda Jb y “Afirmación y Resistencia” de Emilio Bels o “Con los niños no se juega”, “El abece de la paz y los conflictos”, “El dolor de la guerra”, “Igualdad bajo sospecha”, “Juegos de Paz”, “Manual de la acción directa no violenta” y “De tanta rabia tanto cariño”, quizás no tengan trascendencia inmediata, pero han sido promovidos por Organizaciones culturales de prestigio como Educarueca, como aportes a ese esfuerzo por ayudar al pacifismo y a la paz del mundo.

Un grupo de arquitectos del grupo Arquitectos sin Frontera, emprendieron una novedosa campaña de comunicación social, alegando la importancia del lenguaje, la lectura y la literatura para intentar llamar a las cosas por su nombre, anotando que también con palabras se puede transformar la sociedad.

Cuentos como: “El holocausto en 10 imágenes”, “Porque nosotros no tenemos votos de obediencia”, “He plantado un jardín”, “Cuentos de la narrativa saharai”, “Un tazón de caldo”, “Música de laúd en la placeta”, “El supuesto lobo feroz”, “La tortuga insumisa”, son prueba de ese aserto.

Bajo esa admonición y para trabajar incesantemente por la literatura y la paz, es que en 1990, un grupo de intelectuales encabezados por el que habla, constituimos y fundamos en la ciudad de Trujillo, Perú, la Unión Hispanomundial de Escritores, que hoy, posee cerca de cuatro mil miembros, Presidencias en más de cincuenta Naciones del mundo y que con el notable y permanente aporte de grandes poetas y escribas del Planeta, ha desarrollado, junto con el Círculo de Embajadores Universales de la Paz con sedes en Ginebra y París, al que pertenecemos, un trabajo incesante para revalorar y potenciar la paz, no como un pretexto excluyente y ventral para presumir, sino como un arma de la justicia social, la libertad y la verdad.

Poetas como Alejo Urdaneta, Milagros Hernández Chiliberti, Marco González de Venezuela; Héctor José Corredor Cuervo y Bella Clara Ventura, de Colombia; Fernando Saltos y Marietta Cuesta de Ecuador, Walter Barrantes Chacón, de Costa Rica, Luis Alberto Ambroggio de EE UU, José Ramiro Florez Méndez, Vilma Lilia Osella, Carlos

Laurans, Teresa Palazzo Conti, Lucía Giaquinto, Martha Cristina Salvador, Mary Flor Ramírez, Edgardo Palacios, Amanda Patarca, Marga Mangione, Marita Ragozza de Mandrini y Susana Roberts de Argentina, Joseph Berolo de Colombia, Mónica Avilés de Sánchez, Marli Giacomozzi, Teresinka Pereira, Cléo Anselmo y Mab Davilla de Brasil, Lucina Medina de Barry de Finlandia, Adelaide Ramos Vilela de Canadá, Manuel y Elizabeth Leyva Antonio Oxtè, María del Rocío Godínez, Carlos Valenzuela, Adriana Barba, Jesús Ibarra, Luis Torrez Cañez, Isabel Murrieta y Beatriz Escalante de México; Patricia Collazos y Jaime Martínez Salgado de Bolivia, son pruebas de ese aserto y no han tenido reparos en hablar y defender la paz como la más genuina y propicia alternativa de vida.

Igualmente Rafael Mérida Cruz Lascano de Guatemala, Lilian Viacava, Nelly Cesin, Rosemarie Parra y Carlos Arboleda de Uruguay, Pepe Sánchez de Cuba, Ady Yagur y Ernesto Kahan de Israel, Alexander Zoza de Nicaragua, Beguslaw Ryczk de Polonia, André Freyre de Portugal, Carmen Vega Olivencia de Puerto Rico, Jorge Aliaga Cacho de Escocia, Renè Arturo Cruz de El Salvador, Galvarino Orellana de Suecia, Jhony Mendoza Navarrete, Gerak Millalonko y América Camparini de Chile, Julio Lupo Chaparro, Bethoven Medina, Harold Alva, Giuliana Llamoya, Dimas Arrieta Espinoza, Eduardo González Viaña, Winston Orrillo y Félix Cortés de Perú, Marcio Egaña de Dinamarca, Rafael Negret y Robert Allen Goodrich de Panamá, y muchos escribas más.

Y aunque a muchos les parezca que la literatura no sirve por esos antecedentes, para detener una guerra, existe la obligación moral de los escritores por trabajar por esa paz, que debe ser la base del desarrollo espiritual y material de los pueblos.

V

LA CONSPIRACIÓN DE LA RELIGIÓN

Aunque parezca un sacrilegio, la religión – a pesar de los correlatos teológicos o fuentes inspiradores que la han consagrado como tal – ha actuado en este mundo, como la gran conspiradora contra la paz. Por algo Voltaire (1634-1778), dijo en 1734:

“ No fueron ni Montaigne, ni Locke, ni Beyle, ni Spinoza, ni Hobbes, ni Lord Shaftesbury, ni Collins, ni Toland, etcétera, los que levantaron el estandarte de la discordia en su patria. La mayor parte de las veces fueron los teólogos, que deseando ser jefes de sectas, terminaron en jefes de partido. Todos los libros de los filósofos modernos no han hecho tanto ruido como el que hicieron antes los franciscanos con su disputa sobre la forma de sus mangas y de su capucha”.

El mismo François-Marie Arouet, como se llamaba Voltaire, refirió en “Otros escritos filosóficos”, que las disputas sobre el amor a Dios, han encendido tantos odios como las disputas teológicas; y que los jesuitas y los jansenistas, estuvieron batiéndose durante cien años para probar qué secta de las dos adoraba al Creador de un modo más conveniente y para ver cuál de ellas causaría más daño a su prójimo.

“Salen del templo llenos del Dios que les agita – anotó – y difunden el pavor y la ilusión por toda la tierra. Se reparten el mundo y el fuego que los anima se enciende en sus cuatro extremos; los pueblos oyen y los reyes tiemblan. Basta que un pueblo encantado vaya detrás de algunos impostores, para que la seducción multiplique los prodigios y para que se extravíe todo el mundo. Es horrible examinar el modo como la creencia de apaciguar el cielo por medio de la matanza, se introdujo y esparció universalmente”.

“Unos pueblos inmolaban sus enemigos a Marte exterminador, como los escitas, que degollaban en sus altares la centésima parte de sus prisioneros; en otros pueblos sólo hacían la guerra por tener víctimas que dedicar los sacrificios. Unas veces pedía un dios

bárbaro que sacrificaran a los hombres justos; y los getas se disputaban el honor de ir a llevar a Zamolxis los deseos de la patria; el que tenía la suerte feliz de ser destinado al sacrificio se dejaba caer con toda su fuerza sobre lanzas plantadas en el suelo; si recibía un golpe mortal al caer sobre ellas, indicaba esto un buen augurio; pero si sobrevivía a la herida era un perverso, del que Dios no debería hacer caso. Otros pueblos sacrificaban a los niños, a los que sus dioses pedían la vida que les acababan de dar. Sacrificaban su propia sangre; los cartaginenses inmolaban sus propios hijos a Saturno. Ofrecían un sacrificio sangriento, como el que hizo Amestris, que mandó enterrar doce hombres vivos para obtener de Plutón más larga vida. La misma sacrificó además a la insaciable divinidad catorce niños de las primeras casas de Persia. Basados en los mismos principios religiosos algunos pueblos inmolaban a los primogénitos, y otras naciones los rescataban por medio de ofrendas”.

Voltaire comenta que en nombre de Dios y la religión, se cometían demencias horribles. “Pasaban – dice – la Europa para irse a Asia por un camino inundado de sangre de los judíos, que con sus propias manos se degollaban para no caer en poder de sus enemigos. Esa epidemia despobló la mitad del mundo habitado: reyes, pontífices, mujeres, niños y ancianos, todos se entregaban al vértice sagrado que hizo degollar durante dos siglos innumerables naciones sobre el sepulcro de un Dios de paz. Entonces fue cuando se vieron oráculos mendaces, ermitaños guerreros, monarcas en los púlpitos y prelados en los campos, borrándose todos los estados y confundiéndose entre la plebe insensata: traspasaron montañas y mare, abandonando legítimas posesiones para irse en pos de conquista, que ya no eran de la tierra prometida”

En los primeros años que siguieron a la muerte de Jesucristo, para no irnos más atrás, los hebreos contaban con nueve escuelas o sociedades religiosas: los fariseos, los saduceos, los esenios, los judaítas, los terapeutas, los herodianos, los recabitas, los discípulos de Juan y los discípulos de Jesús, que se llamaban los hermanos, los galileos, los fieles, hasta que tomaron el nombre de cristianos en Antioquía en el año 60 de la era vulgar.

Se estableció entre ellos, una especie de contienda de competencia para reclamar por el propio el terreno en el que se habían instalado. Los fariseos amparados en la metempsicosis, los saduceos negando la inmortalidad del alma y la existencia de los

espíritus (a pesar de creer en el Pentateuco); los esenios “gens aeterna in qua nemo nascitur”, familia eterna en la que nadie nace que resistían al hierro y al fuego y preferían la muerte a la vida consintiéndoles que les rompan los huesos antes que proferir palabra contra su legislador o comer alimentos prohibidos; los judaitas encabezados por Judas Iscariote que consideraban un vicio la voluptuosidad; los terapeutas parecidos a los gimnosofistas de la India y a los brahmanes como los bacantes y los coribantes y se entretenían en estados de meditación incontrastables, los recabitas hacían voto de no beber vino; los herodianos creían en el tiempo de Nerón que Herodes era un mesías porque reedificó el templo; los discípulos de Juan, seguían a El Bautista y los cristianos que pusieron los cimientos de la única religión verdadera. San Cipriano en su libro “De los caídos” relatan que sin embargo, todos los sacerdotes corrían tras los bienes y los honores con insaciable furor. Los Obispos faltos de religión y de pudor las mujeres, hacían reinar la bribonería, jurando y perjurando; la discordia dividía a los cristianos; abandonaban los púlpitos para irse a las ferias y enriquecerse haciendo negocios.

Hubo un número prodigioso de cismas y guerras que se fueron sucediendo bajo la admonición de la religión.

Voltaire cuenta que “cuando el furor de dominar y esa terrible pasión del corazón humano llegó a su último exceso, los Obispos, las grandes comunidades monásticas, ricas y poderosas, se reunieron bajo las banderas del Pontífice de la nueva Roma, y pelearon entonces *pro aris et pro focis*, por sus altares y por sus hogares. Emplearon para sostener o para humillar la nueva administración eclesiástica, cruzadas, ejércitos, sitios, batallas, rapiñas, torturas, asesinatos por manos de los verdugos y asesinatos por las manos de los sacerdotes de los dos partidos, venenos y devastaciones por medio del hierro y de las llamas; y escondieron las olas de sangre y los huesos de los muertos”.

El mismo autor de “Cartas filosóficas”, refiere que bajo los arquetipos de la religión, el año 452 estalló la enemistad entre Roma y Constantinopla, en el Concilio de Calcedonia, que se reunió para decidir si Jesucristo tuvo dos naturalezas y una persona, o dos personas y una naturaleza.

El odio se convirtió en escisión en la época de Photius, Papa o vigilante de la Iglesia bizantina, y de Nicolás I, Papa o vigilante de la Iglesia romana. El cisma se consumó

por completo cuando en 1503, Miguel Cerularius, patriarca de Constantinopla, condenó públicamente al Obispo de Roma León IX y a todos los latinos, acusándolos del delito de comer pudín y torcerle el cuello a los palomos, en vez de cortárselo antes de guisarlo. Cerraron todas las Iglesias latinas en el imperio griego y prohibieron todo trato con los que comieran budín.

La irrupción de las cruzadas, que tuvo como pretexto librar los santos lugares, pero más que eso apoderarse de Constantinopla, acabó por agrandar ese odio. Y la jurisdicción eclesiástica de la Inquisición establecida por la Santa Sede de Roma en Italia, España, Portugal y las Indias, para perseguir y extirpar a los infieles, los judíos y los herejes, acabó por azuzar el caos de la intolerancia en agravio de la paz.

La guerra de las cruzadas, desarrollada durante dos siglos, entre los años 1090 y 1270 d.d.C., como una misión presuntamente de fe, para limpiar tierra santa de turcos mongoles infieles y recuperar el santo sepulcro, fue una de las más grandes y sangrientas tragedias – de santos y locos – de la historia, en contra de la paz, propiciada por la religión.

En ellas participaron papas, reyes, emperadores, guerreros y comerciantes lunáticos penitentes y aventureros, perdiéndose más de dos millones de vidas humanas, del total de la población europea, que en la edad media se calcula era de 28 millones de personas.

Las cruzadas – que sí se juzgan por los resultados pueden considerarse como un gigantesco fracaso, pues al final, no solo Palestina y todo el próximo oriente, quedaron bajo el dominio del Islam, sino también toda la cristiandad oriental de Bizancio – fueron ocho; y en todas, por los aberrantes actos de blasfemia, saqueo, derramamiento de sangre, destrucción y muerte que se propiciaron, estuvo la mano ignominiosa de poderosos principados demoníacos:

En la primera (1096-1099), millares de campesinos conducidos por Pedro EL Ermitaño, que atravesaron Europa, en dirección a Constantinopla, fue aniquilada, presa de pánico, en Civetot; y en 1099, un ejército, capitaneado por Bohemundo de Tarento, Raimundo de Tolosa, Godofredo de Bouillón y otros jefes, conquistó Edesa, Nicea, Traso, Antioquía y Jerusalén.

En la segunda (1147-1149), predicada por San Bernardo de Claraval y dirigida por Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia, estos fracasaron después de sitiar Damasco.

En la tercera (1189-1192) promovida por el arzobispo de Tiro, al caer Jerusalén en manos del sultán Saladino, dirigió Federico I Barbarroja de Alemania, Ricardo Corazón de León de Inglaterra y Felipe II Augusto de Francia. Al morir ahogado Federico I, Felipe II y Ricardo, se disputaron la entrada en San Juan de Acre y Chipre; y éste último se vio obligado a pactar con Saladino.

En la Cuarta (1202-1204) predicada por Inocencio III, dirigió Balduino IX de Flandes y Bonifacio II de Monferrato. Los cruzados saquearon Constantinopla y crearon el imperio latino de oriente, del que Balduino fue rey. En 1212 tubo lugar la llamada cruzada de los niños en que multitud de niños Franceses y Alemanes- muchos de los cuales fueron vendidos en Egipto como esclavos- siguieron a algunos predicadores exaltados.

La quinta (1219-1221) predicada por los papas Inocencio III y Honorio II, fue dirigida por Juan de Brienne, rey de Jerusalén, y Andrés II de Hungría, que intentaron conquistar sin éxito, Egipto y Siria.

La sexta (1228- 1229) organizada por Federico II de Alemania, recibió Jerusalén de manos de los turcos.

La sétima (1248-1254), fue dirigida por Luis IX rey de Francia, luego de conquistar por los Turcos de los lugares santos. Luís IX cayó prisionero y entregó Damietta como rescate.

La octava (1270), fue también dirigida por Luís IX rey de Francia, quien intentó conquistar Túnez, pero una peste diezmoó su ejército y murió, tras la cual cayeron en manos de los turcos, todas las ciudades de Palestina. Con la pérdida de Ptomasis (1291) terminó el periodo de las cruzadas; y con ellas dos siglos del terror y la rapiña más grandes que haya conocido Medioevo.

Aunque se niegue, la religión también metió sus manos llenas de sangre y de vergüenza entre los vencedores de la II Guerra Mundial, de 1945 a 1962, en la guerra fría, cuando

la división del mundo en dos bloques antagónicos, separados por el “Telón de acero” , el Plan Marshall de ayuda a Europa occidental y de la política agresiva del secretario de Estado Norteamericano Foster Dulles, contribuyeron a crear un clima de tensión y suspicacias, que se tradujo en el bloque de Berlín por la URSS, el estallido de la guerra de Corea (1950) y la crisis del Caribe o de los misiles en torno a Cuba.

También estuvo en la guerra de Africa (1859-1860), la guerra de Devolución (1667-1668) y la de Secesión (1861-1865). Intervino en la guerra de Separación de Cataluña (1640-1652), la de la Sucesión Austriaca (1740-1748), la de la Sucesión Española (1701-1713/1714) y estuvo en la guerra de la Independencia española (1808-1814), la guerra de la independencia norteamericana (1775-1783).

Hizo flamear sus banderas en la guerra de las Dos rosas que en el siglo XV enfrentó a las casas de York y de Lancaster, la guerra de las naranjas que en 1801 sostuvieron España y Portugal; la guerra de los cien años sostenida en el siglo XIV y XV por Francia e Inglaterra, la de los siete años que en 1756-1763 enfrentó al bloque formado por Inglaterra, Prusia y Hannover contra la alianza de Austria, Francia y Rusia, y más tarde, por el pacto de Familia de 1761, España; y la de los treinta años iniciada en 1618 hasta 1648, dentro del imperio alemán, entre los principios católicos y emperador, por un lado, y los principios protestantes, por el otro, que terminó como un enfrentamiento europeo de Habsburgos y Borbones.

La religión sostenida con hipocresía por cortesanos del mal metió su cizaña para propiciar la Guerra del Chaco, que entre 1932 y 1935 sostuvieron Bolivia y Paraguay por el dominio del Chaco del Chaco Boreal; la Guerra del Norte que de 1700 a 1721 enfrentó a Carlos XII de Suecia, apoyado por las provincias por las Provincias Unidas (Holanda) e Inglaterra contra Dinamarca, Polonia y Rusia; la Guerra del Opio (1839 – 1842) sostenida por Inglaterra y China ; la Guerra del Pacífico (1879 – 1883) entre Chile, Perú y Bolivia; la del Peloponeso (431 – 404 a.C) entre Esparta y Atenas, a consecuencia de la cual la segunda perdió la hegemonía en el mudo helénico. Y así sucesivamente.

Francois Marie Arouet, más conocido como Voltaire, segundo hijo del notario Francoi Arouet, distinguido por su ardiente jansenismo, expresa en “Otros escritos filosóficos”:

“Las disputas sobre el amor a Dios han encendido tantos odios como las disputas teológicas. Los jesuitas y los jansenistas se estuvieron batiendo durante cien años para probar qué secta de las dos, adoraba a Dios de un modo más conveniente y para ver cuál de las dos causaría más daño a su prójimo. Ejemplo: Fenelón y Bossuet”.

“Desde que el autor de Telémaco, que empezaba a tener gran fama en la corte de Luid XIV, pretendió que se amara a Dios de otra manera que le amaba el autor de las Oraciones fúnebres, éste, que era muy pendenciero, le declaró la guerra, y consiguió que anatematizaran a aquél en la antigua ciudad de Rómulo, donde Dios es siempre el objeto más amado, después de la dominación de la riqueza, de la ociosidad y del placer”.

En 1994 se reunieron en el Centro de la UNESCO de Cataluña, Barcelona, los más importantes grupos religiosos del mundo, en un Seminario titulado “La contribución de las religiones a una cultura de paz” y al final emitieron una Declaración sobre el papel de la religión en la promoción de una cultura de paz y apelaron a todas las tradiciones religiosas y culturales a unir sus esfuerzos para difundir el mensaje de la paz. La historia ha demostrado que ese esfuerzo mundial, sirvió de poco, porque en nombre de la religión se siguen fraguando los más infaustos atentados contra la paz del Planeta.

VI

LA HIPOCRESÍA DE LOS PACIFISTAS

Como dijo Jeremías (9:8): *“Saeta afilada es la lengua de ellos; engaño habla; con su boca dice paz a su amigo, y dentro de sí pone sus asechanzas”*. Son los que creen, que la paz es un frasco de perfume que les pertenece; y en su compulsión a la repetición, reclaman exclusividad para sus proclamas. Nada se puede alegar respecto a la paz, sin su presencia u opinión autorizada. Lo que constituye una estupidez.

Han hecho de sus gestos “pacifistas”, una profesión de fe, para presumir. Pero les llega a la sombra que los martiriza, la muerte de miles de jóvenes inocentes en las guerras desatadas o el hambre de los pueblos miserables. Tienen un status, que defienden con la mayor hipocresía del mundo, porque creen que siendo “pacifistas”, el mundo tiene que rendirse a sus pies, sin condiciones

Para ellos la paz, es una burbuja de aire que concibe la vida. Y no piensan que sin cultura o sin justicia social, no hay paz posible.

Odian a los demás, porque se piensan abanderados de todas las virtudes y quieren cambiar los desatinos del mundo, para sustituirlos por los suyos. Son “ultra decentes” ante los demás, pero a solas expresan su decadencia moral y desprecio a los pacifistas verdaderos de otras latitudes.

Proclaman la paz sin sentirla. O si la sienten, la conciben como un estado de quietud que se parece a la paz que detentan los nichos de los más infectados cementerios. Son por eso, esos “sepulcros blanqueados” infames y angurrientos a los que se refería Jesús en Galilea.

Su mala fe, los pinta de cuerpo entero. Porque miran la paz como una oportunidad para su propia sobrevivencia material.

VII

LA FALSA CULTURA DE PAZ

La Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha considerado el manido tema de “la cultura de paz”, como una obligación moral de su mandato constitutivo, orientada a contribuir a la paz y a la seguridad del mundo, estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las Naciones, para asegurar, según dice en sus manifiestos más preclaros, el respeto universal a la justicia, la ley, los derechos humanos y las libertades fundamentales.

Para ese fin, ha adoptado específicamente diversos enfoques transdisciplinarios, para la realización de los cuatro principios fundamentales de una cultura de paz inventados por los enciclopedistas del pacifismo moderno: no violencia y respeto a los derechos humanos; comprensión intercultural, tolerancia y solidaridad; coparticipación y libre circulación de la información y, finalmente, la plena participación y fortalecimiento de las mujeres.

Lamentablemente ese proyecto transdisciplinario, que es la más gomosa manera de no arribar a la paz, no ha tenido el eco que necesita para conceptuarse – lo que es francamente una ofensa a la inteligencia humana perpetrada por los “sabios” de la conceptualización moral del mundo – y no ha brindado hasta ahora una base estable para el fomento de una cultura de paz.

¿Saben por qué?.

Porque a pesar de esa larga tradición de enseñanza y promoción de los principios básicos de la paz y los derechos humanos y la divulgación de los resultados y acuerdos logrados en sus Convenciones internacionales, ninguna Organización, ha podido transmitir a sus países miembros, y especialmente a la dirigencia gubernamental mundial,

que es imprescindible superar esa retórica barata que tiene sin cuidado a los hacedores de la guerra y la violencia, porque carece de un credo que la fundamente, compulse y defina; y convalida, de una u otra forma, directa o indirectamente, que se mantenga al Planeta, en las más viles condiciones de injusticia social que se recuerde.

La propia UNESCO, ha dicho por ejemplo, que "la educación para los derechos humanos y la democracia, en último análisis, significa el fortalecimiento de cada persona para participar con sentido activo de responsabilidad en todos los aspectos de la vida política y social".

Pero qué es esa, sino una frase de cliché demasiado inocente para ser tomada en cuenta, cuando los derechos humanos son sólo un hermoso himno para ser paporreteado por los que poseen más. Jamás por la gran masa de desposeídos del Planeta.

Los pobres del mundo no tienen quien los defienda, y la democracia es un festín para los que se encaraman en el poder y lo usan para satisfacer largas secuelas de arbitrariedad y corrupción imperdonables.

¿Cómo fortalecer al hombre y empujarlo a participar con sentido activo de responsabilidad en la vida social?

Difícil, si esa sociedad que le ha confeccionado una larga lista de obligaciones por cumplir, y es mentirosa porque hecha la ley, hecha la trampa, no se interesa por su desarrollo mediático, y ni siquiera por su sobrevivencia y le impone un trato excluyente y egoísta y no es capaz de vincularlo a la justicia.

¿Esa es la cultura de paz que proclaman los pacifistas de nuevo cuño? Pues es la cultura que menos conviene.

En varias Conferencias Internacionales de Educación (CIE), una de ellas en Ginebra, se presentaron propuestas para reforzar una cultura de paz mediante la educación, incluyendo los conceptos de formación y práctica en la resolución y mediación en conflictos en el sistema escolar, entre el personal y los estudiantes, así como mediante la participación de la comunidad en el resto de la sociedad; incorporación en el currículo de información sobre movimientos sociales (nacionales e internacionales) por la paz y la no violencia, la democracia y el desarrollo equitativo; revisión y renovación sistemática

de los currículos para asegurar un enfoque de las diferencias étnicas, raciales y culturales que enfatice su igualdad y contribución singular al enriquecimiento del bien común; revisión y renovación sistemática de la enseñanza de la historia, para dar por lo menos tanto énfasis al cambio social no violento como a los aspectos militares de la historia, con especial atención al papel de las mujeres en la historia; y comprensión intercultural, tolerancia y solidaridad

Todo basado en que la paz debe sustentarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

Si, ya, claro, lindo, digo yo, pero qué hay de la justicia social.

¿Se puede hablar de solidaridad intelectual y moral y de paz con los excluidos del armatoste social, que cuando se acuestan para irse a dormir, no tienen ni siquiera un pan o un vaso de agua para engañar el hambre que los mata?.

¿Se puede bosquejar un símil elemental de la paz cuando miles y miles de personas, especialmente de los países sub desarrollados, no tienen un trabajo fijo para asegurar a su familia elementales condiciones de subsistencia y pernoctan en casuchas improvisadas de barro, caña o cartón, sin los más elementales servicios de agua, luz o desagüe, que les permitan vivir dignamente como seres humanos?

Las Naciones Unidas proclamaron 1995 como “Año de la Tolerancia”, siguiendo una propuesta sometida por la UNESCO a la Asamblea General de las Naciones Unidas. La Asamblea General designó a la UNESCO como agencia rectora, responsable de una campaña internacional de toma de conciencia del público y las subsiguientes actividades de seguimiento. En la 28a reunión de la Conferencia General, se aprobó una declaración sobre esa virtud, que reafirma el compromiso de la UNESCO al "respeto, aceptación y valoración de la infinita riqueza de las culturas de nuestro mundo", destacando la tolerancia como la piedra angular de la construcción de una paz duradera y justa, e instando a todos los Estados Miembros a comprometerse en la aplicación activa de estos principios en sus respectivas sociedades. Pero el mundo sigue igual, porque falta una idea revolucionaria que redefina la paz en el Planeta y a partir de esa redefinición se trabaje los siguientes correlatos.

Los comprometidos a trabajar en la configuración del significado de la propia paz, no entienden hasta ahora, que la paz no es solamente lo que ellos creen, sino mucho más. Que la paz que ellos enarbolan, pertenece al vademécum de los pacifistas obtusos, que le zanganean a la guerra, y cumplen un papel adscrito a la vana repetición de fórmulas que ya no sirven, porque el dinamismo de la propia historia obliga a nuevas confrontaciones con una realidad que es en definitiva la que manda.

La paz del paraíso terrenal, no es la misma del siglo XXI. Ahora ya no está Adán, ya no está Eva. El Edén yace depredado, y hay que tener cuidado, porque hay una lista inmemorial de Caínes francotiradores y fantoches apuntando a matar la paz que pareciera mimetizarse en los fragores de la guerra.

Son otros los tiempos y otras las circunstancias. Otro el hombre y otra la realidad que enfrenta y la calle huele a muerte. Otros son los componentes mecánicos de leyes sociales, que se vuelven inmarcesibles en el conato de las confrontaciones permanentes. Lo que obliga a los investigadores científicos a replantear la visión de la paz desde las perspectivas que expresamos.

VIII

EL PERIODISMO Y LA PAZ

Indiscutiblemente se necesita de medios de comunicación pluralistas e independientes, accesibles a todos, para asegurar la libre circulación de las ideas que se necesita para el desarrollo de una cultura de paz a escala mundial.

Eso es verdad.

Precisamente la UNESCO, con ese propósito, ha entablado estrechas relaciones con las organizaciones profesionales de prensa y los periodistas de todo el mundo, poniendo a disposición de los Estados Miembros asesores técnicos para preparar legislación en este campo y proponer estructuras para los servicios públicos de transmisión editorialmente independientes.

La formación de especialistas de la comunicación y periodistas profesionales, constituye una preocupación central, con énfasis en los derechos humanos y las libertades democráticas, la paz y la tolerancia, la gestión de medios de comunicación independientes, la comunicación rural, la ética profesional y la aplicación de nuevas tecnologías de información, porque si bien existe un periodismo serio, científico, racional, sensible a las necesidades del mundo, muy profesional, que tiene muy claro cuál es su misión sobre el planeta, existe otro, de alcantarilla, desdeñoso y petulante, ganado por la ignorancia y la clandestinidad, mediocre y remendón, que en verdad agravia a la profesión con su proclividad a la mendicidad, al escarnio, la calumnia y la mentira, que no sabe de cultura ni concibe la paz como una obligación moral del nuevo mundo.

Es ese periodismo anti ético e inmoral y basura, el que sólo cree en la paz de sus bolsillos miserables; que vende su dignidad por unas cuantas monedas e inclina sus editoriales a los intereses más corruptos. Es de alcantarilla porque es subterráneo y mientras más muerte, miseria y desencanto promueve, más comercial se vuelve.

Con el verdadero periodista, para el cual la profesión es un apostolado, se tiene que trabajar el redimensionamiento de la paz, no como la antítesis forzada de la guerra, sino como expresión del estado más ecuánime y equilibrado de la dignidad humana. Y debe entender, que la paz puede ser más infame que la guerra, cuando la mece la mentira y la injusticia, cuando pretende un simple “estar”, despojado de las armas más definitivas del humanitarismo y la justicia social.

El que quiera esa paz del fariseísmo, que se propagandiza para presumir, estará engañando, sostendrá una doctrina hipócrita, servirá a la modernidad de un mundo ganado por la malignidad y el pecado, pero no para lograr su redención, sino su destrucción material y moral.

La orientación ética del periodismo, será de gran importancia para asegurar una cultura de paz. Si la ciencia se orienta hacia la construcción de armas de guerra o la búsqueda de la ganancia independientemente de sus consecuencias sociales, tendrá un impacto destructivo. Pero más terrible será que sigamos viendo la paz desde la visión acomodaticia de los miserables. Porque, repito, paz sin justicia social es peor que la guerra fratricida.

La creación de proyectos específicos de comunicación en varios países para contribuir directamente a una cultura de paz, es un paso trascendente a favor de la paz, siempre y cuando no se caiga en la misma dicotomía de trabajar por una paz desligada de la justicia social y la cultura.

Sabemos que en Rwanda, Burundi y las repúblicas de la ex Yugoslavia, por ejemplo, la Organización contribuye a los esfuerzos de construcción de la paz de las Naciones Unidas gracias al apoyo de los medios de comunicación independientes y ayudando a reconstruir las estructuras sobre los principios de la libertad de prensa y el pluralismo; y eso ya es bastante decir ante el lenguaje de las balas y la impericia de los “pacifistas” sin argumentos válidos.

El desarrollo a largo plazo de los medios de comunicación independientes en Rwanda también está recibiendo atención. Esto incluye publicaciones diarias y semanales, así como asistencia al gobierno para transformar la radio y la televisión nacional en una estación de servicio público con una política editorial independiente de los poderes político y étnico.

En Burundi, los periodistas son sensibilizados por la UNESCO sobre el papel que la información no partidaria y pluralista puede y debe desempeñar en el proceso de paz. Unos 60 responsables de la toma de decisiones y representantes provenientes de los diferentes medios de comunicación existentes -- prensa privada, medios de comunicación públicos y prensa institucional -- participaron en un seminario organizado por la UNESCO y el Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación (PIDC), y el nuevo panorama es expectante, siempre y cuando la paz sea incluida como un tema de urgencia social, porque está configurada dentro de las prerrogativas y necesidades de la justicia distributiva y la cultura para todos.

Solamente cuando se haya logrado ese equilibrio, podrá hablarse de la verdadera paz. La otra, la que se sustenta en injusticias, aunque no haya más conflictos o guerras, solamente será la de Perrogrullo. Jamás la paz sincera que hará que el mundo sea mejor,

IX

LA EDUCACIÓN Y LA PAZ

En la Declaración sobre Educación para la Paz, los Derechos Humanos y la Democracia, adoptada por la Conferencia Internacional de Educación, los ministros acordaron "basar la educación en principios y métodos que contribuyan al desarrollo de la personalidad de los alumnos, estudiantes y adultos que sean respetuosos de sus congéneres y determinados a promover la paz, los derechos humanos y la democracia" y se comprometieron a adoptar medidas para asegurar que las instituciones educacionales se convirtieran en "lugares ideales" para practicar la tolerancia.

El Programa Cultura de Paz comenzó a trabajar con el Proyecto Escuelas Asociadas, basándose en un nuevo enfoque del problema de la violencia en los centros urbanos importantes.

El Interregional Project of Schools to Promote Community Conflict Management in Violence-Prone Urban Areas, tiene por cometido la creación de una red de escuelas localizadas en ciudades infestadas por la violencia y en donde se desarrollan programas para formar a los estudiantes, profesores y otros miembros del personal, padres de familia y las comunidades circundantes en métodos de mediación y resolución no violenta de conflictos.

En estas escuelas, la formación en mediación y manejo de conflictos, formará parte integral del currículo, así como de las actividades de las escuelas y las comunidades circundantes, y considerando que en el desempleo está la raíz misma de buena parte de la violencia urbana, se priorizará la obtención de empleo para los estudiantes.

Las Cátedras UNESCO, se están creando en universidades que pertenecen a la red UNITWIN de la Organización, con programas específicamente dedicados a la enseñanza y la promoción de los derechos humanos, la democracia, la paz y el desarrollo.

En Sudáfrica, se ha creado una Cátedra UNESCO para la Cultura de Paz en la Universidad de Durban-Wetville y también cátedras afines en las Universidades de Sao Paolo (Brasil) y Oran (Argelia). Por lo que se infiere que no todo está perdido; que hay una propensión a no caer en el vacío de los “pacifistas” de mala fe, que le hacen tanto daño a la paz de todos los confines.

X

LOS CIENTÍFICOS SOCIALES Y LA PAZ

Los científicos sociales de todo el mundo plantean la cuestión de una cultura de paz, como un tema imprescindible.

La Asociación Internacional de Investigación por la Paz (AIIP) y el Peace Committee de la International Union of Psychological Sciences han planteado su urgencia en sus debates plenarios, y la UNESCO ha trabajado con notable interés un volumen de Peace and Conflict Issues sobre el tema From a Culture of Violence Towards a Culture of Peace, para crear vínculos duraderos entre las comunidades de científicos y los responsables de política, y fortalecer la relevancia de la investigación en ciencias sociales en la formulación de ésta.

Para la promoción de un desarrollo sustentable y una cultura de paz, que implica un acercamiento a la concepción de la paz con justicia social y cultural para todos, la UNESCO ha lanzado el desafío del Programa The Management of Social Transformations (MOST), que trabaja en tres áreas de investigación: Sociedades pluriculturales y multiétnicas; las ciudades como lugares de transformaciones sociales aceleradas; y enfrentar local y regionalmente las transformaciones económicas, tecnológicas y medioambientales.

XI

CONCLUSIONES

De acuerdo a todos los antecedentes que hemos analizado, podemos llegar a la inequívoca conclusión:

1.- Que la guerra es mala y repudiable. Pero más mala y repulsiva, es la paz que se fomenta, sin justicia social y sin educación y cultura para todos.

2.- Que los peores enemigos de la paz, no son solamente los hacedores de la guerra, sino los “pacifistas” de mala fe, que creen que la paz es un fuero de su absoluta y exclusiva pertenencia.

3.- Que se debe trabajar en una nueva concepción de la paz, no como simple sinónimo, por contrario cense, de un conflicto social o una guerra, pues ellos, puede que no existan y sin embargo no conseguirse la paz, ya que ésta, sólo prevalece y es verdadera, donde se respeta la dignidad humana y hay una justa distribución de la riqueza y desarrollo para todos. La injusticia es el caldo de cultivo de la violencia, y ésta uno de los enemigos más vertebrados de la paz.

6.- Que la paz, en su concepto más amplio y verdadero, exige una variada especialización social, educativa, cultural, científica y humanística, para su logro definitivo en cualquier latitud del Planeta. El sólo uso de proclamas “pacifistas” de compulsiva repetición, no sirve a la paz, si no se proponen alternativas socio económicas y de justicia retributiva y desarrollo social, para enfrentar el caos que promueve la contención social y la violencia.

7.- Que la nueva visión de la paz verdadera, debe enseñarse en las escuelas, colegios y universidades del mundo, para generar desde allí, esa nueva cultura de paz que necesita el Planeta, para superar la guerra, el egoísmo, la injusticia, la falta de solidaridad y el desprecio absurdo a los menos favorecidos de la tierra.

8.- Que para conseguir la paz hay que declararle la guerra a la pobreza, a la injusta repartición de la riqueza, a la falta de libertad, a la corrupción, al egoísmo y la injusticia.